



UN DRAMA

FANTASÍA

I.

Atanasio Tramoya, el héroe de este terrible y espeluznante drama, era al principio mi historia un simple cómico de la legua.

Diez años hacia que representaba en los mas modestos teatros de las mas modestas provincias; y solo habia conseguido hacerse arrojar toda clase de hortalizas en medio de una estrepitosa salva de... silbidos.

Esta estraña manera de recibir los laureles, habia causado siempre profunda impresion en el ánimo del jóven Atanasio.

Su carácter se habia hecho tétrico, y él, tan alegre y animado otras veces, se convirtió en hipocondriaco y escéptico.

Un dia, el director del teatro en que trabajaba, lo llamó y le dijo:

—Tramoya, no sé por qué será; pero los habitantes de este pueblo, á quienes V. trata de distraer, no se distraen sino arrojándole coles, lechugas, etc., etc. Si este género de diversion los atrajera á mi teatro, yo no tendria nada que decir, pero los muy ignorantes, sin apreciar sus buenas cualidades de V., se van á otra parte, y es necesario tomar un partido enérgico.

—Cual?—preguntó Atanasio.

—El de rehabilitaros á sus ojos, probándoles que, digan lo que quieran, V. es un hombre de talento. V. vá á representar un papel gigantesco, piramidal, y yo voy á poner grandes cartelones diciendo que este es el drama favorito de V., y que en él es V. invencible.

Si V. consigue un triunfo, tanto mejor para V.: sino me veré en la necesidad de romper el contrato.

Atanasio tenia hambre, y aceptó: cogió su papel, se lo llevó, lo estudió y tres dias despues lo representaba.

A la escena segunda, la paciencia del público se acabó, y banquetas, papas, naranjas, cuanto los espectadores encontraron á mano, otro tanto arrojaron á las tablas.

El escándalo fué tan mayúsculo que se hizo necesario suspender la representacion.

Atanasio, que sabia á qué atenerse, llegó á su casa, hizo su maleta y salió del pueblo sin volver la cara atrás.

II.

Cuando se vió en el campo, pues caminaba á pié por enfermedad de su portamonedas, se detuvo, y sentándose sobre una gruesa piedra, se tuvo el siguiente monólogo.

—Estoy decidido; no solamente renunció al arte y á sus triunfos, si no que juro por la luna que me alumbra, huir del teatro y de los actores por siempre jamás amen.

Apenas concluyó este discurso una formidable carcajada estalló á pocos pasos de él; se volvió y no vió nada, y cogiendo su saco y su baston, continuó su ruta mucho mas aliviado despues del juramento que acababa de hacer.

III.

Cuando llegó á...—cualquier parte; á la capital de la nacion donde ocurrió esta historia;—corrió á una agencia solicitando una plaza de ayuda de cámara.

Como su fisonomía era de inteligencia y él no carecia de cierta elegancia, el baron del Alamo lo tomó á su servicio.

Atanasio pasó ocho dias deliciosos en su nueva posicion.

Su trabajo se reducía á estar de faccion en el gabinete, leer los periódicos y hablar mal de su señor.

Por consecuencia, era todo lo feliz que se puede ser en el mundo.

—Al menos, se decia,—aquí no veo actores, ni autores, ni nada que huela á teatro.

Una mañana lo llamó el baron y le dijo:

—Atanasio, desde que estás á mi servicio he notado que no careces de inteligencia.

—El señor Baron es muy amable.

—Voy, pues, á confiarte una mision, que espero desemñarás con celo y tacto, y si sale bien, prometo regalarte quinientos reales.

—Estoy á las órdenes de V. S.—dijo Atanasio.

—Se trata de representar un papel ..

—Hein?—dijo Tramoya aguzando el oido.

—En una verdadera comedia que quiero hacerle á uno

—¡Una comedia, Dios mio!—dijo Atanasio entre sí.

—Hé aquí de lo que se trata. Cierta persona debe venir hoy á juzgar de mí y á conocerme. Esta persona es un futuro papá suegro, con cuya hija debo casarme, lo cual me desespera. Él no me conoce ni me ha visto nunca, y para que él me rechase, he pensado cederte mis trages, mi nombre y mi título y presentarte á mi suegro como si fueras yo.

—Y todo eso con qué objetó?...

—Con el objeto de que quede disgustado de mí, primero por tu fisonomía angulosa y tus ojos saltones, y luego por tus maneras bruscas, y porque tienes libertad para decir todas las tonterías que te pasen por la cabeza.

—Pero esto vá á ser un sainete del teatro antiguo?

—Justo, y en el cual vas á representar el primer personaje y el mas importante.

—Ay!—pensó Atanasio—y yo que siempre he hecho fiasco en los sainetes.

IV.

Por primera vez en su vida, Atanasio se puso un rato á reflexionar.

—Ya sea en un teatro, ya sea en la vida privada, voy á representar una comedia, y en su consecuencia á faltar á mi juramento. Ante todo, yo soy un hombre honrado y debo rehusar... pero si rehúso, el Baron me pondrá en la calle y...

Y Atanasio Tramoya dejó caer la cabeza entre sus manos.

De repente se levantó, enérgico y decidido.

—Pues bien, no:—se dijo—aunque me muera de hambre, aunque tenga que recoger trapos por las calles; lo he jurado y cumpliré mi juramento...

Cogió una pluma, papel, y escribió su resolucion al Baron, quien, al dia siguiente, le ajustaba su cuenta y lo ponía en la calle.

V.

Atanasio Tramoya se puso á buscar nuevo acomodo, pero no pudo encontrarlo.

Durante un mes se alimentó de pan seco y de agua, pero llegó un dia que hasta este alimento le faltó.

Una tarde en que el tiempo estaba lluvioso, y en que

Atanasio se paseaba por la orilla del río, se tuvo el siguiente discurso:

—Qué hago yo en este mundo?—Nada bueno: la comedia me ha sido fatal, he querido huir y me ha perseguido por todas partes. Aquí una muger que jura amor eterno á su amante, mientras lo engaña con otro: allí un amigo que se finge en la miseria para no prestarle á otro algun dinero: un hijo que engaña á su padre: un marido que se la pega á su muger: siempre, siempre lo mismo que en el teatro... El único remedio para huir de tanta miseria, es arrojar-me al río.

Atanasio miró á izquierda y derecha para ver si alguien podía sorprenderlo, y hallándose solo, completamente solo, se subió al parapeto y se precipitó.

Al mismo tiempo una segunda carcajada se oyó á su lado.

VI.

Cuando Atanasio volvió en sí, se encontró con una gran sala, donde se encontraba un numeroso concurso. Un empleado vestido de una manera extraña parecía vigilar á toda aquella gente. Atanasio se le aproximó, preguntándole:

—Dónde estoy?

—Cómo? no lo sabéis? Este es el salón de espera del infierno, y estais aguardando la vuelta del barquero Caronte, que vá á haceros pasar, así como á todos esos señores, la laguna Estigia.

—Justo,—dijo Atanasio—me olvidaba de que estoy muerto.

En efecto, algunos minutos despues, apareció Caronte.

—Señores viajeros del Olimpo,—gritó con el acento de un factor de ferro-carril.—Para el Olimpo solamente.

Siete u ocho individuos se presentaron.

Atanasio no se movió de su asiento.

El empleado á quien habló en un principio, se acercó á él y le dijo:

—Vamos, hombre... También teneis billete para el Olimpo.

—Yo?

—Seguramente. No sois Atanasio Tramoya?

—El mismo.

—Pues bien, gracias á vuestra existencia llena de penalidades y disgustos al par que de honradez... teneis derecho al Olimpo. Esta es la decision de Júpiter. Apresuraos, sino vais á perder el tren.

Atanasio salió corriendo.

VII.

Cinco minutos despues pisaba el suelo del Olimpo y se presentaba delante de Melpómene, la musa encargada de designarle el género de trabajo á que debía dedicarse.

—Atanasio,—le dijo la hermana de Apolo—has querido huirme, mas yo te perdono. Has acudido al suicidio para escapar de la escena, y serás castigado por donde mas has pecado, porque vas á encontrar la comedia aquí y ahora será por toda una eternidad. Mira!

Las nubes que formaban las habitaciones de Melpómene se disiparon y Atanasio vió con gran pena:

Júpiter en un gabinete dictatorial, se hacia llamar señor Director por Mercurio, el cual á su vez se daba el título de «representante de la empresa». Y vió á todos los dioses que usaban títulos teatrales adecuados á sus caracteres.

Apolo, director de orquesta; Febo, lampista; Venus, atrezzista. Vió además un escenario en el que habia colocado un anuncio que decia:

«Mañana ensayo general de la TEMPESTAD: Sres. EOLO y CEFIRO. Sras. el AGUA y el GRANIZO.

«Sr. RAYO. Sres. RELÁMPAGOS. Sres. TRUENOS.

«NOTA. El Sr. ARCO IRIS debe asistir tambien al ensayo para el final de la obra.»



luego en un segundo anuncio, se leia:

«Hoy, á las cinco de la mañana; SALIDA DE LA AURORA:

Despues, PRESENTACION DEL SOL: Al medio dia, EL CENIT.»

Por la tarde, á las siete: EL CREPÚSCULO.

Se concluirá como siempre por LA LUNA.

«Mañana el mismo espectáculo.»

VIII.

A esta vista, Atanasio no pudo contener un grito de dolor.

—El teatro! exclamó:—el teatro; y por una eternidad. Ah! prefiero morir por segunda vez.

Y abriendo una de las ventanas de la habitacion de Melpómene, montó en la balaustrada y se arrojó al espacio.

Diez y seis dias duró su caída, al cabo de los cuales se encontró en un lecho en su casa, con una enfermera á su lado.

En cuanto esta vió que Atanasio abria los ojos, le dijo:

—Ha estado V. muy malo, pero veo que va V. mejor.

Es extraño que los silbidos le hagan tanto efecto.

—Como? dijo Tramoya sin comprender.

—Sí, señor; aquella famosa noche en que tan estrepitosamente fué V. silbado, ha venido V. y ha caído sin conocimiento: despues tuvo V. un ataque al cerebro y he aquí quince dias que ha estado delirante.

—¿Qué es eso? Pues y el Baron?, el Olimpo?, Melpómene?

—Vértigo, puro vértigo.

—Vértigo? sea: dijo filosóficamente Atanasio, pero un delirio semejante está muy cerca de la realidad.

SANSON.

CARTAS DE UN LOCO

Mi querido Raoul:

Decididamente la sociedad progresa.

Qué otra cosa que progresar puede ser la descreencia general que mirándola incesantemente, se apodera poco á poco de su conciencia?

La amistad, el amor, esos dulces afectos del alma que antes solian producir tan conmovedoras figuras, no parece sino que sean hoy vanas palabras, que se pronuncian únicamente para recordar lo que significaron.

Yo, que sigo con atencion preferente y cuidadoso interés los movimientos de la inteligencia, veo que nuestra época persigue incansable y tenaz un realismo exagerado y ridiculo, y que al huir de un extremo, cae en otro, siquiera este sea mas materialista y grosero.

Una voz general, dominante, avasalladora, se deja oír unánime en todos los tonos del diapason. ¡Abajo el romanticismo!

El romanticismo exagerado, no es bueno, pero el realismo, el clasicismo exagerado tambien, es malo, es peor.

Velazquez pinta la naturaleza; Murillo la idealiza, y ambos, sin incurrir en exageraciones, son dos gigantes de la paleta.

Pero si al genio le es dado no traspasar la valla de las conveniencias, no sucede lo propio al vulgo de las gentes, que sin criterio bastante y arrastrado por las seductoras manías de la imperante mo-

da, no solo rebasa las lindes del buen gusto, sino lo que es mas sensible y funesto, lleva sus teorías á la exageracion y cae en el error.

Menos mal si esto ocurriera exclusivamente en el terreno del arte que tarde ó temprano, el buen gusto se impone, pero ya sabes á lo que me refiero, pues que de ello hemos hablado mas de una vez.

El realismo en las costumbres! El realismo social!

A donde vamos á parar?

Qué se pretende?

Hogar, familia, patria, religion!

Palabras, palabras, palabras.

Eso dice el realismo, parodiando sin comprenderlo al príncipe dinamarqués.

El sepulcro de nuestros padres, no es mas que un agujero; la cuna de nuestros hijos, un mueble, la idea de la patria, una simpleza; la casa de Dios; un edificio.

Bellini, Mozart, Beethoven, inspirados cantores del mas puro idealismo; genios sublimes en cuyas obras brotan á raudales los torrentes de la luz vivísima que produce el arte que mira al cielo; bajad, descendad de las altas esferas á donde os arrebató la soñadora fantasía y romped vuestras obras inmortales!

Guzman el Bueno, Daoiz, Velarde, pueblo del 2 de Mayo, épicos fantasmas que exaltáis mi mente, plegad las alas que os llevaron al templo sagrado de la imperecedera fama; abatios tristes y apenados á la baja esfera!

Y vosotros, pobladores de las Catacumbas, pálidos alimentadores del Circo, vírgenes inmortales, arrancad, arrancad del pecho la fé que os hizo mártires; borrad la sagrada aureola que brilla en vuestras sienas!

El idealismo desaparece, porque el idealismo no puede vivir entre la corrupcion que producen las mas desatinadas predicaciones, y velándose como los antiguos sacerdotes de la ley, se oculta á nuestra vista.

Tú, *Raoul*, que eres cristiano; tú que eres poeta, tú que eres artista, sabes que no soy un soñador, que no soy un loco; tú me comprendes, seguramente, y piensas, como yo, que el realismo social es una gran desgracia.

Juventud! risueña esperanza de la patria! pequeños astros que comenzaís á aparecer por los dorados linderos del mundo! albos matinales de un gran día! sencillos corazones donde solo se albergan la fé y el entusiasmo! oid.

Las canas que ya abundan en mis escasos cabellos, garanticen mi experiencia y presten á mi labio la austera severidad de un lenguaje que solo en sentimientos de verdad sabe inspirarse.

Cuando en la soledad de vuestros gabinetes hayais buscado afanosos la solucion de un problema científico, ó perseguido la brillante chispa que brota en la espaciosa y augusta frente del genio del arte; cuando abatidos por la fatiga del estudio ó despertando del estasis de la contemplacion ideal, trateis de hallar el tranquilo reposo que la imaginacion desea, abrid el libro sagrado, fuente de verdades inagotables, maestro de las ciencias, inspiracion de la belleza, y suma perfecta de indecible amor y de

dulzura infinita, y regocijaos con Salomon, sufrid con Job, llorad con Maria y elevaos con el discípulo amado, á las sagradas contemplaciones apocalípticas!

Las encantadoras páginas de ambos testamentos, son el profundo manantial en que bebe la humana sabiduría y todo otro camino es el error, la duda, la decepcion, el frío racionalismo que hiela el corazon y le seca.

Apartad la vista, huid del escepticismo, que es la soledad de las inteligencias. No, no procureis levantar sobre nuevos pedestales la pagana figura del estoicismo, que es la soledad de los corazones.

REMO.

Setiembre 1878.

LO CORRIENTE

I

Juan y Luisa se adoraban
cada vez con fé mayor,
y sus promesas de amor
diariamente renovaban.
Ella en tono lastimero
así á su amante decia:
«si murieses, moriría,
pues con delirio te quiero.»

Mas los pesares nublaron
su existencia sonriente,
pues Juan murió, y de repente
dichas tantas terminaron.

II

Luisa al principio lloró
de Juan la temprana muerte;
pero despues con su suerte
la pobre se conformó:
y á los dos meses cabales
del triste fin de su amado,
uniase Luisa á Conrado
con lazos matrimoniales.

III

No fies, amigo lector,
en palabras de mujer,
ni llegues nunca á creer
sus juramentos de amor.
Pues es regla general,
sin admitir escepciones,
que con pocas variaciones
todas engañan igual.

D.

25-6-78



ROMPECABEZA

—
¿QUIÉN ES EL PAGANO?

X.

VII

El nuevo plan de vida que acabábamos de adoptar Ernesto y yo, debía traer forzosamente un cambio en nuestras costumbres, en el que no habíamos pensado ninguno de los dos.

Debiendo Ernesto seguir los hábitos y usos de la buena sociedad, que vive mas por las noches que de día, mientras yo adoptaba la vida sedentaria y casera que me imponía mi estado, teníamos forzosamente que separar nuestras habitaciones. Nos era imposible seguir durmiendo bajo el mismo techo.

Yo hubiera sufrido pacientemente las molestias que impone una clase de vida semejante, porque nadie puede suponer lo que es para una mujer amante y enamorada, la separación de lechos, pero Ernesto no quiso consentirlo, y tuve que avenirme á ello.

Con cuánta pena veía mi alcobita, que yo cuidaba sola, pues no quería que manos mercenarias tocaran á ella; con cuánta tristeza meditaba sobre aquellas almohadas impregnadas de juramentos de amor.

Desde aquella noche tendría que dormir sola; sin tener un pecho amigo donde depositar un secreto, una confidencia. Yo, que al despertarme á media noche, velaba con el mayor encanto el sueño de mi esposo; que tanto gozaba en verlo dormir; que nada encontraba mas grato que sentir su reposada y tranquila respiración, me veía privada de todos aquellos inocentes y castos placeres, que á tan poca costa podía realizar.

Pero Ernesto había alegado las molestias que podía ocasionarme su entrada en las altas horas de la noche; las incomodidades que me debía causar el despertarme en lo mas profundo de mi sueño, y aun cuando yo había protestado, tímidamente, que yo sufriría gustosa todas esas molestias é incomodidades todo en el mundo por tener la satisfacción de verlo al entrar y de charlar un rato con él, antes de dormirnos, mi señor esposo tuvo á bien insistir, y como yo era la que debía ceder, cedí.

Pero no fué sin muchas lágrimas y muchos suspiros, porque la verdad es que me sentí de la insistencia de Ernesto; y no pasaba una sola noche en que no recordara sin pena los dulces momentos en que ambos unidos, hablando de mil cosas sin importancia, pero que tanto distraen la imaginación de los que bien se aman, departíamos amigablemente, haciendo los mas risueños propósitos para el porvenir.

Ernesto quería que yo le acompañara á un largo viaje por los principales pueblos europeos; y yo, aun cuando prefería de mucho mi hogar, mis usos y mis costumbres, accedía por darle gusto, y de aquí mil castillos en el aire, que se destruían después por mi indolencia en prepararme para el viaje, ó por la desidia de Ernesto en abandonar la corte.

Y sentada á los piés de mi cama, con la cabeza hundida en la blanda pluma, pensaba en aquellas tranquilas horas de felicidad, que tan rápidas habían volado, preguntándome si era una verdad que

el amor no bastaba para sostener la felicidad? si el matrimonio era un yugo penoso? y consultaba mi corazón, el cual me respondía negativamente; puesto que yo amaba con la misma pasión que el primer día.

Sería verdad que el hombre es un ser voluble, incapaz de fijarse eternamente en una sola pasión? Tampoco estaba conforme con esta duda, que rechazaba lejos de mí, puesto que yo creía ciegamente en el amor de mi esposo, y su alejamiento no podía ser hijo en modo alguno de su falta de cariño: ¡oh no! yo lo hubiera jurado sobre los Santos Evangelios, y si Ernesto huía de casa y de mi compañía no era por desamor, sino porque la vida pacífica y sedentaria es un yugo imposible para la vida activa de los hombres.

No, yo no podía admitir que Ernesto no me amara como el primer día, porque entonces hubiera sido un monstruo de falsedad y de doblez, y mi marido era bueno; su corazón era noble y generoso, y su alma grande y digna.

Ernesto, como todos los hombres, tenía necesidad de nuevas distracciones, y esto era lo que lo alejaba de su hogar, pero no era malo; y en medio del profundo pesar que me causaba la separación de lecho, no podía achacarlo mas que á su deseo de no mortificarme cuando entrara á una hora avanzada.

Esta idea consoló mi tristeza algun tanto, y aun cuando echando mucho de menos su presencia durante las veladas, me avine á todo.

Pronto cesaría el invierno, y con él desaparecerían los bailes y las reuniones: quizá entonces volvería á desear el hogar y la compañía de su esposa.

MARIA DE LA PAZ.

UNA DE TANTAS

I.

Ella dice que lo quiere
y él dice que la idolatra;
hace tiempo, mucho tiempo,
que en relaciones se hallan
y en ella el mancebo cifra
todo el amor de su alma,
gozando con su sonrisa,
viviendo con su mirada.
Recordando sus hechizos
hora tras hora se pasa,
y á veces pensando en ella
el llanto sus ojos baña,
y es que no tiene certeza
del cariño de su amada.

II.

En un salon espacioso
profusamente adornado,
de una amortiguada luz
al fulgor trémulo y vago,
ambos á dos y en silencio
frente á frente están sentados.
El galán estrecha amante
las alabastrinas manos
de la hermosa en quien ansioso
su amor ha depositado.
Admira de aquel semblante

los celestiales encantos
y al mirar tanta belleza
está en su dicha pensando.
—¿Me quieres— exclama al fin
con imprudente arrebató,
pero ella, ni una palabra
deja escapar de sus labios.
—¿Por qué callas?—él la dice,
¡no ves que me estas matando!
¡Termina mi incertidumbre
y dime una vez: *te amo!*
Pero continúa el silencio
y el mancebo sollozando
fijamente la contempla
atónito y extasiado,
que al fin llega á comprender
de aquel silencio el arcano
y adivina que en el pecho
de la ingrata, se ha borrado
un cariño que fué siempre
de su existencia el encanto.
Y sin mirarla siquiera
delirante y aterrado
aquel salón abandona
amargamente llorando,
que su placer, para siempre
allí dejaba enterrado.

Cinco minutos después
en un salón inmediato,
ella jadeante walsaba
de otro galán en los brazos,
y al preguntarle un amigo
por su amante desdichado
la ingrata le contestó
con la sonrisa en los labios:
—¡Pobrecillo! *estaba loco*
y fué preciso dejarlo.

III.

En una oscura bohardilla
y en desvencijado lecho,
sollozando tristemente
espira nuestro mancebo.
Turban de aquella vivienda
el misterioso silencio,
los ayes desgarradores
del ya moribundo enfermo
y de su querida madre
el triste y continuo rezo.
—Madre, me siento morir,
dice con trémulo acento,
sufro al dejar este mundo
porque en él ¡madre! te dejo
expuesta de la miseria
á los combates sin cuento.
Que si no fuera por tí,
casi mi muerte celebro,
porque así de aquella ingrata
que con su desden me ha muerto,
dando á mi dolor un fin
tal vez por siempre me alejo.
¡Adios, madre de mi alma!
Recibe mi último beso,
y si acaso por el mundo
permite una vez el cielo,
que encuentres á esa mujer,
dile, que por ella muero,
que espirando estoy y aun
me sostiene su recuerdo,
que al dar mi último suspiro
á mi lado verla creo,
que no se aparta un instante
de mi torpe pensamiento,
que adorándola he vivido
y recordándola muero.—
Nada más dijo y entonces
un golpe de tos violento

hizo aparecer la sangre
en los labios del enfermo.
Quiso respirar y en vano
agotó todo su esfuerzo,
no pudo más, y cayó
desplomado sobre el lecho.
Su anciana madre besó
sus descuidados cabellos,
posó una mano en su frente
y con desgarrado acento,
á la par que desmayada
rodó por el pavimento:
exclamó.—¡Maldita siempre
la mujer que en torpe duelo
cambiara las ilusiones
que alimentó tanto tiempo!
¡Maldita la que á mi hijo
con su ingratitude ha muerto!
¡Maldito su nombre sea!
¡Maldito hasta su recuerdo!

IV.

Ella en un baile gozaba
y sin descansar siquiera,
á uno amante sonreía,
á otro le miraba tierna,
teniendo en fin, para todos
frases de amor y promesas
que á sus mil adoradores
dulces esperanzas prestan.
Bailando una danza estaba
y un amigo se le acerca
de la muerte de Luis
á darle la triste nueva.
Ella le oyó indiferente,
diciéndole á su pareja:
—¡Pobre muchacho! ¡lo siento!
Era un romántico á prueba
que en el siglo diez y seis
hubiera hecho gran carrera.
Mañana enviaré un socorro
á su madre, pobre vieja,
á quien la muerte del hijo
ha sumido en la miseria...
Ahora á bailar, que esta danza
es muy bonita y muy nueva.

V.

Yo de escenas tan amargas
invisible espectador,
al verla partir danzando
tuvo de ella compasión,
y sin poder contenerme
dije al cabo en alta voz
á un amigo que á mi lado
mis pesares conoció:
—Hoy he visto que hay mujeres
que no tienen corazón!

OSICRAN.

29-5-78

PASATIEMPO

CHARADA.

Yendo un día por el Todo
de Granada, me encontré
á una *segunda* y *primera*
con el pelo *prima* y *tres*.

AUREA

NOVELA POR C.

(Continuación)

—Por ahora me es imposible: hace bastante tiempo que faltó de mi casa, y un nuevo viaje á Madrid disgustaría á mis padres; pero marchen ustedes á la corte, que no ha de tardar mucho el que nos reunamos allí: déjeme V. pasar una temporada con ellos, y enseguida correré á buscarlas.

XVI

Terrible fué para mí aquella revelación: un sentimiento de pesar se apoderó de mi espíritu, pues no podía prever el efecto que causaría en Aurea saberse condesa y heredera de una rica herencia.

Mucha confianza me inspiraba su amor y muchas las elevadas condiciones de su carácter noble y generoso, que no podían hacerla cambiar por intereses mezquinos. Sin embargo, quise hablar con ella, pues necesitaba cerciorarme del efecto que semejante noticia podía causar en su ánimo.

En cuanto nos vimos solos, promoví la conversación.

—Ya sabrás, Aurea, la nueva posición que vas á ocupar en la sociedad?

—Sí; mi madre me ha impuesto de todo.

—Yo no sé si seguirás pensando como antes ó si la nueva posición á que te encumbras te hará considerar como penosa la palabra que me diste anoche. Pero si así fuera, háblame con entera franqueza, pues estoy dispuesto á devolverte tu libertad, sin pronunciar la mas leve queja.

Un momento estuvo callada, y después mirándome atónita con sus hermosas pupilas un tanto dilatadas, me dijo con reposada voz:

—Si tú te vieras en mi lugar y en mi posición, ¿me abandonarías?

—No; te lo juro!

—Pues entonces, ¿por qué sospechas que yo pueda variar? Yo no te lo hubiera dicho nunca.

—Tienes razón, Aurea mía: yo no he debido hablarte de este asunto; pero créeme que no he sospechado ni un solo momento de tí; he querido solo tranquilizar mi conciencia.

—Oh! Eduardo, me dijo Aurea sonriendo, las mugeres son mejores que los hombres, y yo mejor que tú.

Cogí su mano y la estreché en silencio. Me sentía tan feliz que me plegaba á todo, hasta á creer que las mugeres eran mejores que los hombres.

XVII

Al día siguiente partíamos de Ronda, donde tantos recuerdos abandonaba: llegamos á la Pizarra, y allí nos separamos, continuando ambas su viaje para Madrid y regresando yo á Málaga, con el co-

razón desgarrado, pues aquella separación me causaba una pena atroz. Me sentía con ganas de llorar, y solo un varonil esfuerzo podía contener mis lágrimas.

XVIII

Durante dos meses sostuve con Aurea una correspondencia bastante animada, en la que me refirió su presentación á la familia, presentación que fué todo lo cordial que ella había deseado; el nuevo género de vida á que se entregaba, concluyendo siempre sus cartas con mil protestas de amor, que inundaban mi alma de felicidad y ventura.

La ausencia se le hacía penosísima, y quería que corriese á su lado. Decidí darle gusto y ya preparaba mi marcha á Madrid, cuando recibí una carta de Aurea en que me decía que continuando el estado débil y delicado de su salud, y accediendo á las reiteradas instancias de su tío, iba á emprender un viaje por Italia, que duraría probablemente algunos meses, ofreciendo escribirme con la mayor frecuencia. Aurea concluía diciéndome que había influido poderosamente para que su tío la llevase de nuevo á Ronda, cuyo clima le había sentado tan perfectamente, y donde podríamos vernos como antes, pero que el conde se había negado, prefiriendo el clima de Italia, como mas á propósito para las enfermedades del pecho.

Nada me llamaba á Madrid no estando ella, y por lo tanto, suspendí mi viaje.

Algun tiempo después recibí una carta de Aurea, y luego otra y otras. En todas ellas me detallaba las gratas impresiones que iba experimentando en las diferentes capitales que recorría, y los rápidos progresos que su salud hacía, abrigando grandes esperanzas de verse al fin libre de tan triste y horrible enfermedad.

Así transcurrió algún tiempo. Un día me escribió desde Florencia, contándome que su tío la había presentado en la corte, y que estaba tan animada y contenta.

Desde entonces fueron decayendo sus cartas poco á poco, y las que me escribía eran breves, pues siempre tenía algo que hacer, lo cual le impedía ser mas estensa. Al fin cesaron de un todo. Aquel silencio me preocupó vivamente, no sabiendo si achacarlo á alguna recaída en su enfermedad ó á indiferencia y olvido: hasta llegué á temer que hubiera muerto, y este pensamiento me causó fiebre. Le escribí una, diez, veinte cartas, sin obtener respuesta: entonces me decidí á escribirle á la madre, que viajaba con ellos, rogándole me sacara de dudas, pero la madre tampoco me contestó.

Estaba aturdido; no sabía como explicarme semejante conducta en una familia tan respetable para mí y que yo había colocado tan alto en mi opinión: mi salud se fué resintiendo lentamente, y ya creía perdidos para siempre mi amor y mi ventura, y traté de borrar de mi pecho la adorada imagen de la ingrata muger que había destrozado mi corazón y entibiado mi fé.

(Continuará)